

EL GRITO
DE
INDEPENDENCIA.
COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA POR

EL PROFESOR DE INSTRUCCION PRIMARIA,

ALBERTO LOPEZ LOZANO,



como homenaje de
gratitud y de recuerdo á los héroes de
la Patria en 1810

NOVIEMBRE DE 1902.
SAN DIEGO DE ALEJANDRIA.—JAL.

TIP. DEL COMERCIO—AGS.

PQ7297
.L6
G7

515

PQ7297

.L6

G7

515



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080019284

DEDICO ESTE HUMILDE TRABAJO
AL H. AYUNTAMIENTO DE SAN DIEGO DE
ALEJANDRIA, EN EL PERIODO DE

1903.

ALBERTO LOPEZ LOZANO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
FONDO EMETERIO
Biblioteca Valverde y Tellez

PQ7297

26

47

Se reserva la propiedad de la presente obra.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL GRITO DE INDEPENDENCIA.



PERSONAJES.

PATRIA, (representada por una joven.)—HIDALGO.—ALLENDE—ALDAMA—ABASOLO—DOLORES, (hermana de Hidalgo.)—PÉREZ, [enviado de Doña Josefa Ortiz.]—ALCAIDE Y PRESOS.

Casa de Hidalgo en el memorable é histórico pueblo de Dolores (Gto.) Sala muy humilde con muebles de aquella época: una mesa, un estante con algunos libros, un reloj, una silla y una imagen de la Virgen de Guadalupe, puertas laterales, y al fondo.

ACTO 1º.

ESCENA Iª

Hidalgo solo, sentado en una silla y con la mano en la frente.

HID.—Horrible pena Oh! como me conmueve el sufrimiento de la raza azteca dominada hace tres siglos por España raza privilegiada en otros tiempos, mas felices, y que alcanzó á ser, por sus grandes ac-

40722



0035
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

ciones guerreras, la dominadora de las demás naciones que pisaron este Continente. Pero... Ahora ¿dónde están sus glorias, donde están sus bríos... ¿dónde están sus azañas?... ¿Dónde está para este desdichado pueblo aquel valor tan indómito que hizo temblar de asombro al mismo Conquistador la inolvidable noche triste?... ¡Ah todo acabó! si, por que todos estos recuerdos están envueltos en el mas profundo misterio, y solo el tiempo recorriendo las edades, podrá algún día descubrir el secreto del porvenir... revelando á las generaciones venideras el arcano de sus dichas ó de sus más terribles desgracias... Cuando tendrán su verificativo los sueños de Moctezuma I. El vaticinio precioso de Cuiclahuatzin, y las hazañas heroicas de Cuauthemoc... cuando se cumplirán las profecías de los oráculos de aquellos tiempos, que anunciaban la caída del pueblo azteca, lo cual se cumplió; pero que al poco tiempo quedaría enteramente libre, promesa que hasta hoy no se ha cumplido? Ahora: Donde está el atavío y compostura de las hijas del Anáhuac mujeres hermosas que vestían ricamente, adornando sus trajes con oro y piedras preciosas? Ahora, donde están todos esos tesoros? Que hiciera el joven Cuauthemoc si dejando por un momento el sepulcro presenciara el abatimiento deshonoroso de este miserable pueblo, que olvidando el valor de sus antepasados, se humilla hasta el grado de dejarse conducir cual oveja al matadero? Todo esto me contrista y me hace pasar las noches lamentando la horrible suerte de nuestra raza, y sintiendo el peso de sus terribles desgracias. ¡Oh! si me fuera posible arrancarle ese yugo maldito que le impuso la fiera España,..... yo rompería sus cadenas, yo sacrificaría mi vida por darle independenciam y libertad: pero por más esfuerzos que he hecho, no cuento más que con muy pocos partidarios; y además, me falta el dinero, las armas, sin embargo, es preciso seguir este pensamiento..... aunque carezca de todo elemento revolucionario porque con él alcanzaré mi Patria su perdida libertad.



Hidalgo y Dolores que entra.

DOL.—Miguel por Dios, ¿qué te pasa? Hace mucho tiempo te desvelas no se por qué, y además te noto cierta tristeza pues hay veces que te encuentro dormido, pero en la misma silla en que estás sentado y con la cabeza inclinada sobre el pecho; si te acuestas, noto no puedes dormir porque á las primeras horas de la mañana te veo levantado dando vueltas como si hubieras perdido el uso de la razón; todo esto me aflige mucho, y más cuando sé que ni siquiera quieres comer. Dime cual es el motivo de tanta pena? Quizá yo pueda aliviar tu sufrimiento.

HID.—No hermana, se te figura, pero yo siempre he tenido este modo de vivir, recuerda que siempre, á las horas más avanzadas de la noche, cuando todo permanece en silencio, entonces, es cuando yo me gozo en las contemplaciones más preciosas, contemplaciones que tocan el corazón del Padre que estudia la manera de hacer felices á sus queridos hijos; por eso me desvelo, pues tengo muchos hijos á mi cuidado y mientras ellos descansan yo busco el medio de hacerlos dichosos. Qué te parece este pensamieto?

DOL.—Ya lo sé que como sacerdote está en tu deber hacerlo, pero no hasta el grado de acabarte la vida; que no piensas que este modo de vivir pueda traerte la muerte? Es mucho lo que trabajas y por lo mismo necesitas también mucho descanso.

Ahora, ¿qué te preocupa á ti la suerte de estos infelices? pues yo creo..... te aflige verlos oprimidos y hambrientos porque son tan miserables, que al lado de sus ingratos señores, no tienen siquiera el modo de vivir. En verdad que compadezco su triste situación.

HID.—Si hermana, terrible muy terrible es el infortunio de estos desgraciados hombres, por eso de día y de noche me encuentro en profundas y largas meditaciones.

DOL.—¿Y puedes encontrar remedio á sus males?

HID.—Yo creo que sí, y el principal remedio que puede haber es preparar á este pueblo para que dejando las cadenas que le oprime, sepa conocer sus derechos usurpados, que comprenda que no nació para ser esclavo, pues la historia de las naciones en todos los tiempos nos manifiesta, que unas han sido dominadas por las otras, pero pasado el tiempo, han conseguido su independencia y libertad. Entonces, ¿por que dejar perecer al pueblo nuestro, bajo el amparo hipócrita de esa nación hostilizadorá que en trescientos años de conquista, solo ha sembrado la desgracia y la miseria... más espantosa?

DoL.—Dime hermano, ¿qué ha sido muy ingrata esa nación que se precia de culta y civilizada?

HID.—Sí, porque desde que Hernán Cortés pisó las playas mexicanas, hasta nuestros días, su delirio es avasallar, destruir y hacer derramar lágrimas al pobre mexicano; porque el español es ambicioso y por sacar los tesoros de nuestra querida Patria, han sacrificado vidas, deshonrado hogares, y por último, han dado la muerte á los hombres más nobles con los martirios más horribles y degradantes.

DoL.—Sí Miguel, ya recuerdo me has dicho de qué modo martirizó Cortés al valiente Rey azteca... quemándole los piés con aceite hirviendo, y esto, para que confesara donde se encontraban sus ricos tesoros. ¡Qué infamia!... ¡Qué ingratitud!

HID.—Y ha sido tanta la crueldad de estos sanguinarios hombres que de veintisiete millones de habitantes que contaba el antiguo reino azteca, hoy queda reducido á mucho menos de la mitad; pues la guerra, el hambre, la peste, la matanza y los que han salido de esclavos por las diferentes costas del Océano, hace que nuestro pueblo se encuentre reducido á la humilde cifra de once millones; y al paso que caminamos, me supongo dentro de pocos años, si el mal no tiene remedio, solo quedarán españoles en la nueva España.

DoL.—Que horror me causa saber el resultado de tan terribles escenas, mi corazón como el tuyo también empieza á sufrir;... Dios mío de bondad y misericor-

dia... Virgen santísima ampara á los mexicanos para que por tu divina gracia alcancen algún día el remedio en sus aflixiones... madre mía, compadécete de ellos, enjuga sus lágrimas, dales resignación y participales el sentimiento precioso del patriotismo, para que despierte en sus pechos el entusiasmo por su independencia y libertad.

HID.—Deja ya este lugar y vete á acostar, pues el reposo calmará tu excitación... por lo mismo no quiero que sufras, busca la distracción y deja ya de pensar en lo que solo toca pensar al corazón del hombre, pues el tuyo pronto se marchitaría como se marchita la flor al rigor de las inelemencias, deshojándose y muriendo al contacto de los primeros rayos del sol.

DoL.—[Tocan la puerta voy á ver]. Es el Sr. Aldama que manifiesta traer un negocio contigo: Puede pasar?

HID.—En el instante mismo, y dile que me tiene á su disposición.

ESCENA 3^a.

Hidalgo, y Aldama que entra.

ALD.—Sr. Cura, cuanto me alegro de veros.

HID.—El contento es para mí Sr. Aldama, porque esperaba con ansia la visita que Ud. noche á noche me hace. Sentémonos y hablemos lo que tanto nos interesa.

ALD.—¿Cómo la ha pasado señor?

HID.—Amigo mío he tenido tanto que sufrir, que no es posible explicarlo. Acaba Dolores de descubrir el secreto de nuestro pensamiento y al verme abatido por la más honda pena, su corazón tan joven y lleno de ilusiones ha tenido que sentir el más grande tormento pues hace poco me acompañaba, y acaba de retirarse á su pieza, sumida en el más amargo pesar.

ALD.—¿Y es indiferente á la causa que tratamos de defender?

HID.—No Sr. Aldama, por el contrario, á pesar que no me declaré del todo respecto de nuestra empresa, sino solo le hice ver el dolor que me causa el sufrimiento de nuestra humilde raza, sin embargo, la ví tem-

blar pero no de temor, sino de entusiasmo, pues mis palabras cayeron en su corazón como fuego abrazador y la ví que llena de entusiasmo solo deseaba saber cual sería el hombre destinado por Dios para tan atrevida empresa.

ALD.—Esto me alegra demasiado porque su tierno corazón al dar principio nosotros á tan grandiosa obra, no tendrá que sufrir tanto, porque al fin es su hermana y tendría que sentir la misma muerte al palpar el acontecimiento, y su violenta separación.

HID.—En efecto, el motivo es más que suficiente, por ser la única hermana y la que me ha acompañado siempre manifestando quererme con todo el corazón. Bueno será prepararla un poco más; ¿qué no le parece á vd. el paso que ella misma acaba de dar preguntándome el motivo de mi despego á mi propio bien y conservación, sea un aviso que ella misma se prepara?

ALD.—Sí, señor Cura, y aviso muy acertado.

HID.—Bien, hablemos pues de otra cosa, los negocios caminan bien?

Ald.—Caminan en muy buen estado, y yo creo pronto allanaremos las dificultades tan poderosas que se presentan, pues como vd. sabe, tenemos muy pocas armas, y armas en muy malas condiciones, fondos pecuniarios y en fin, resolución en las personas que secundan nuestra arriesgada empresa.

Hid.—Así es que no los encuentra firmes en sus propósitos?

Ald.—No señor, se les nota mucho desaliento, mucho temor, pues creén que de un momento á otro los aprehenderán como traidores y serán víctimas de la más afrentosa muerte.

Hid.—Sr. Aldama es que el pobre indio ya se impuso á sufrir, pero no hay que perder la esperanza seguros de desvanecer todas las dificultades que se presenten. Yo haré que ese Pueblo que ahora tiembla de temor, se convierta en leon furioso haciendo huir de terror al soberbio soldado español, yo haré que luchen cuerpo á cuerpo desafiando no al peligro, si no hasta la misma muerte, por fin dentro de poco, yo haré que és-

te pueblo, sea un pueblo de valerosos soldados y que en lugar de huir se entreguen al enemigo seguros de la victoria.

Ald.—Ojalá que así suceda para de un solo golpe derribar el poderoso trono Español.

Hid.—Así lo haremos, y tengamos confianza en Dios, que él es el que guía nuestras acciones, en el supuesto de que son enteramente sanas, pues como Ud. sabe, se trata nada menos de hacer libre á la luz de la razón y la justicia, á la patria que nos vió nacer.

Ald.—Voy como siempre á preparar el terreno, seguro de que alcanzaremos lo que tanto deseamos, y ya volveré á informar á Ud. de los acontecimientos que se vayan sucediendo.

Hid.—Muy bien, confío en sus palabras; esperando con ansia el dichoso día en que aparezca para todo mexicano la aurora bendita de la Libertad.

Hid.—Solo—Que tranquilo he quedado con la presente entrevista, porque este hombre ha cumplido con empeño, la digna comisión que le he confiado. Es un genio de corazón magnánimo que desprendiéndose de sus intereses y hasta de su misma familia, se propone seguir la causa santa de la libertad. siquiera que de este modo se encontraran veinte, veríamos con gusto en poco tiempo libre á la nación que por tantos años ha vivido esclavizada. Pero. si esto no es posible, yo estoy propuesto á ocupar el primer lugar en el patíbulo pues mi sangre no será infecunda, levantándose nuevos candillos que defiendan tan preciosa idea. Sí querida patria mía, ensueño de mis más grandes esperanzas, por tí yo seré el primero que bajo al sepulcro pero contento, porque con mi muerte alcanzarás tu Independencia y Libertad.

ACTO 2º.

ESCENA 1ª.

Dolores Sola.

Dios mío, que desventura, esta es la primera vez que mi corazón angustiado siente los tormentos más atroces